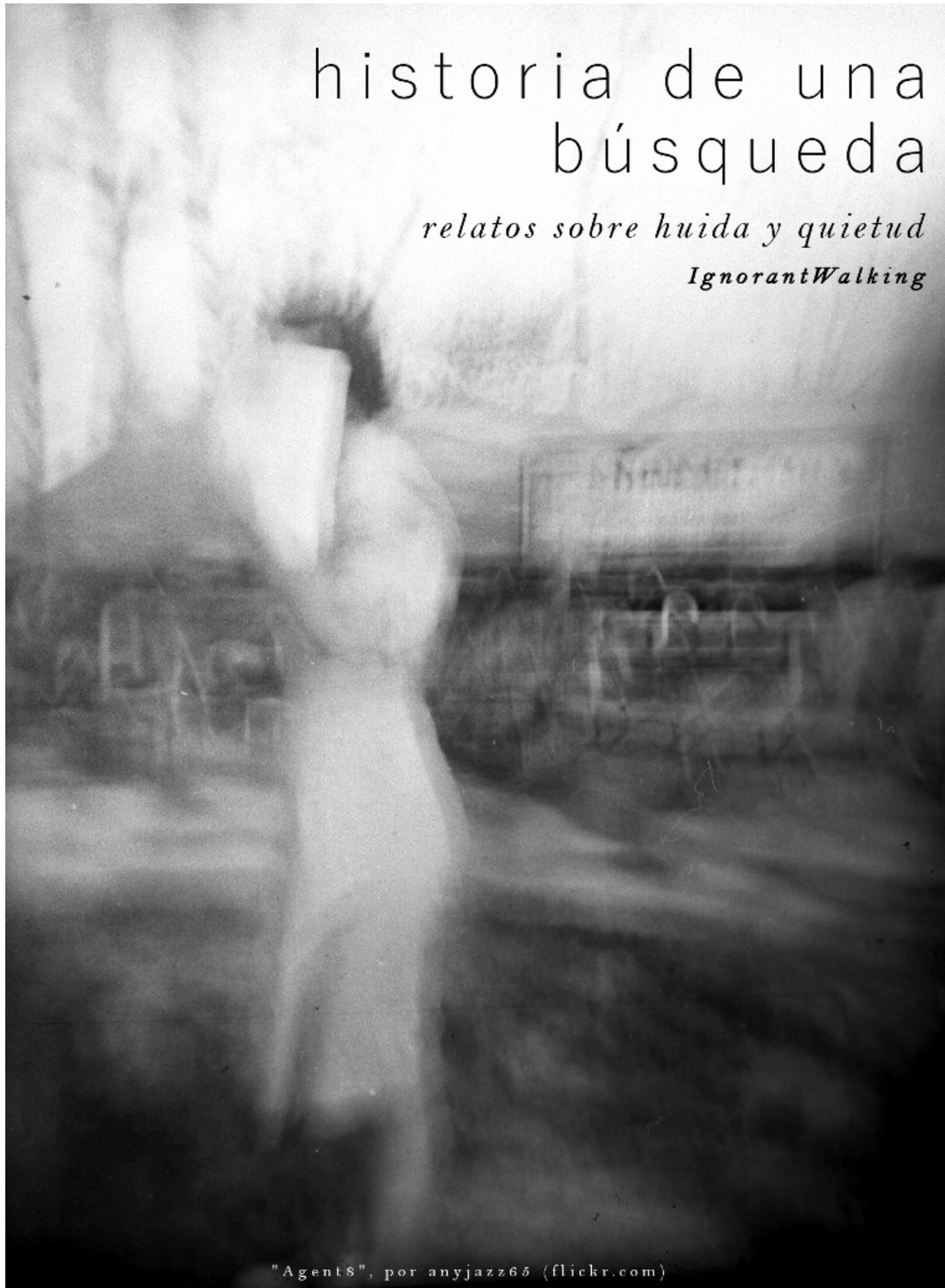


Historia de una búsqueda

IgnorantWalking



Capítulo 1

Un mal lugar donde no exista la sal

Ella escribió sobre un margen casi asfixiado, lleno de tinta y pisadas, donde los espacios en blanco eran hijos de olvidos y no garantes de historias futuras. Deslizó, sobre renglones quebrados, fruncidos versos sin rima que hablaban de noches saladas, de mañanas y dulces penumbras.

Suave, con ritmo adormecido, relató a qué sabe el rumor de las olas, el olor de las crestas de espuma, el tacto del frío que llega y no huye. Aquel que desafía, que atenaza los huesos.

Me habló de las fotos manchadas, de los recuerdos ajados, de esos nombres propios que justifican suspiros. De los espacios, vacíos y mudos, por los que se desliza el eco de la frase inmediatamente anterior. Ella habló de las veces que los hombres mienten por no callar, de las horas que pasan luchando, batallando con su sombra sólo por no sollozar. De las tormentas encerradas entre paredes sin ventanas ni vida, de la luz que no logra huir, de un ocaso que absorbe hasta la última esperanza del día.

Con serenidad y suficiencia, como quien se desviste entre costumbre, ella arrojó sus temores a la cal immaculada de los muros del cuarto desnudo, y yo, con premura, les di acomodo entre las grietas de mi alma y sufrí, como sólo sufre quien vaticina el silencio.

Todavía me susurró al oído historias de castañas y fuego, de llamas y abrigo. Y balbuceó en el aire el aroma a piel y naranja, el hedor de la ira enquistada, la fragancia del beso en la frente. Y, mientras lo hacía, yo me hundía en sus ojos, que ya no reflejaban miradas, imaginando un lugar donde yacer, un rincón donde esperar, donde sentir las ansias del tiempo enredando en mis piernas, arañando mi piel, tropezando y ralentizándose. Haciéndose eternas.

Un rincón apartado en el que ver morir días y noches, en el que evocar la rutina y buscar refugio a mis manos y a la inquietud de mi mente. Un mal lugar en el que repetir los gestos gastados, una y otra vez. En el que imaginar las campanas sumisas y dóciles.

Un rincón, alejado y sin senderos, donde no se permita la palabra, donde no exista la sal. Un mal lugar, donde las campanas de muerte permanezcan por siempre calladas.

Capítulo 2

Nada mudó. Todo fue como siempre lo había sido

No hubo noche de tormenta. Ni lluvia azotando las ventanas, ni viento enervado derramando vértigo en cada cruce de aceras. Tampoco sonaron campanas de muerte, ni los músicos callejeros enmudecieron de súbito. El tiempo no se paró y los arroyos continuaron fluyendo, despistados, soberbios, siempre ajenos.

Susurré en su oído, pero no pude evitar que sus manos quedasen inservibles. Absurdas, vacías y frías.

Y no hubo colores fundiéndose a negro. Ni todo fue noche tras un pestañeo. Continuaron danzando las voces y los pasos. El cielo... el cielo conservó la frescura de su azul cargado de aromas, y el balanceo de vergüenza e ilusión no se quebró. Intacto e imperfecto, como siempre, impregnando las miradas de los que se encuentran.

Susurré en su oído, pero nada sostuvo mi llanto. Nada evitó que se deslizase, resignado y estéril, como un grito que no llega a ser. Sin voz. Mudo y sin sentido.

Y continuaron caminando los que van, los que huyen y los que buscan. No cesaron de tambalearse las certezas, ni tampoco el dulzor de las tardes de primavera se diluyó. Las palabras acosaron a sus dueños, como siempre lo han hecho. El tiempo siguió marchitando lo perenne y las mañanas se acicalaron, en espera de nuevos reyes.

Nada mudó. Todo fue como siempre lo había sido. Yo susurré plegarias en su oído, besé sus párpados, exhalé un aliento pleno de mezcolanza entre futuros y risas pasadas. Quise ahogar sus últimos temores, rescatar las mañanas serenas compartiendo caricias y canciones; pero se tornó absurdo caminar con los bolsillos rotos y la piel volviéndose arena.

Absurdo dar un paso y enterrar los tobillos. Tropezar, caer y gatear torpemente hasta quedarse quieto en mitad de la vorágine. Ver la vida como una madeja sin cuenda que enmaraña razones y miedo, vacío y ternura. No quedó más huida que renunciar a conservar los labios servibles. Dejar los días correr y permanecer resignado y estéril. Sin sentido. Ajeno a la vida, como la piel que mudó en arena, concediendo al silencio la virtud de ser la única respuesta a todas aquellas preguntas que están por llegar. No quedó más camino que aquel por el que se va deshaciendo la cordura entre penumbra y frío, aquí y ahora, mientras allá

afuera todo sigue girando, todo sigue danzando.

Se resquebrajó el futuro, pero frente a mí nada mudó. Todo es como siempre lo ha sido. Ella, su piel, su voz, todo se volvió arena. Yo, sin mundo, sin vida, sin ella. Un par de bolsillos rotos, el polvo cayendo por ellos, la mente perdiendo el sustento, la noche eclipsándolo todo; pero nada parece cambiar. El mundo no entiende de penas, no entiende de muerte. La vida te quiebra la espalda y todo sigue impasible. El mundo... el mundo no entiende de penas, no entiende de muerte.

Capítulo 3

Que te quiero, que te he querido

Todavía huelen a costumbre las paredes ajadas. El ritmo es pausado, los segundos pegajosos, las tardes infinitas. Por fortuna, todavía decide el tiempo descomparar su paso para estirarse en las sobremesas, como si la vida estuviese dispuesta a esperar por nosotros. Hay una ligera brisa que me devuelve las preguntas que le lanzo, costumbre tiñendo los rincones y sonrisas zigzagueando torpemente entre ellos.

Al otro lado, tras el cristal y su velo de vaho, alguien decide declarar este día único e inolvidable y confiesa estar dispuesto a "navegar hasta volver a ver tus profundos ojos azules". Alguien más recoge la frase, se sonroja y mira hacia el suelo. Yo me detengo, sueño... y recuerdo los susurros de tus labios sobre mi cuello. Eran tiempos de tardes de primavera, de música y sorpresa. Tiempos de dulces confesiones, rostros de asombro y ese bailar en el que nos enredábamos. Tan ajenos al mundo, tan acompañados. Precisos, sin dudas, improvisando caminos.

Me pregunto si habrás cenado bien esta noche. Nunca te quejas. Tampoco sonríes.

Apenas había comenzado la semana cuando algo, quizá el olor a tiempo estancado de las paredes, te susurró mi nombre, también el de Enma y, tan sólo unos días después, incluso el de Tomás. ¿Lo recuerdas?

Yo no lo olvido. Te observo, escucho, vuelvo a temblar. ¿Quién necesita ahora las tardes de primavera? ¿Quién necesita la música? ¿Y bailar, quién lo necesita? Gracias por esos momentos en los que regresas.

Gracias por desandar el camino de vez en cuando, despistado, entre titubeos. Gracias por sentirme a tu lado.

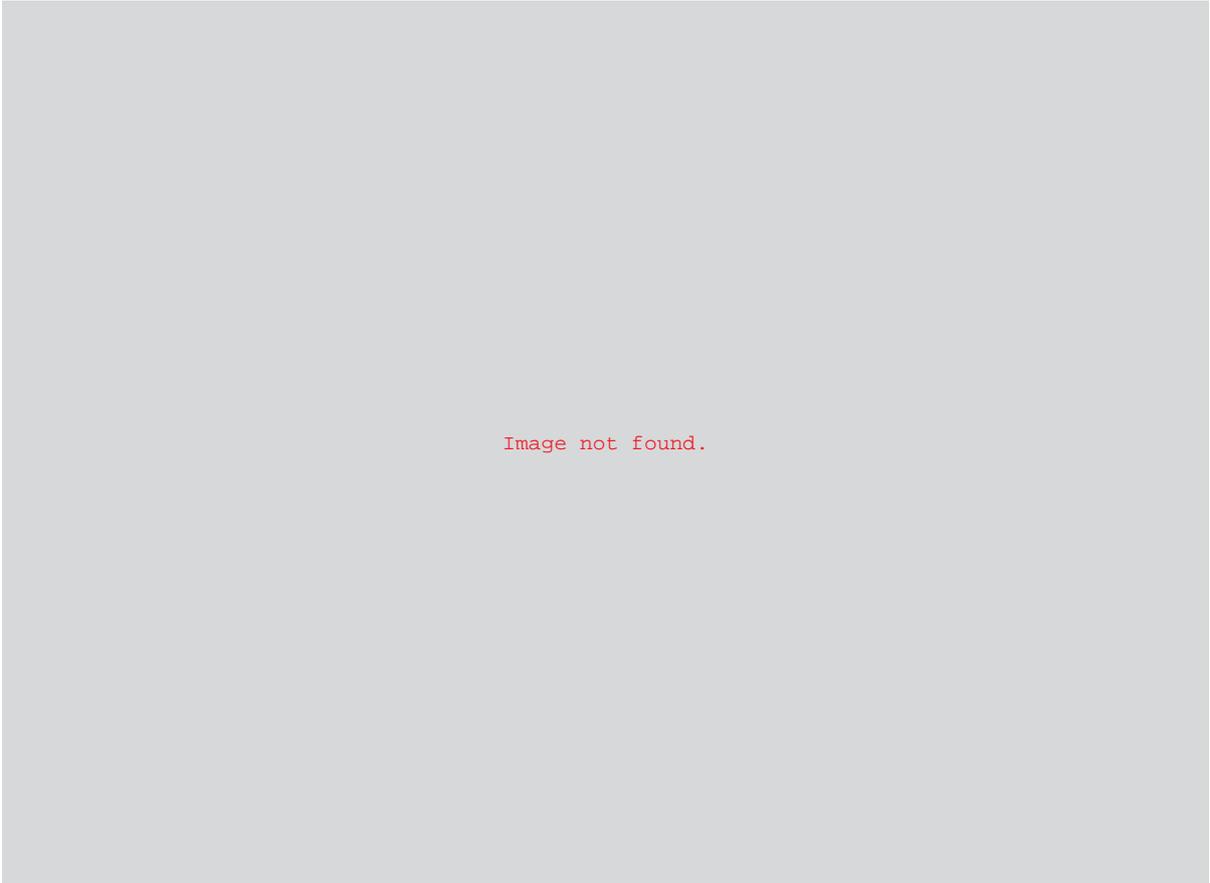
"¿Desde dónde veremos hoy la puesta de sol?", supongo que te estarás preguntando en esos otros momentos en los que decides ser silencio y quietud. Y me pierdo en ensoñaciones e imagino que quizá podríamos volver al final de la escollera, en el muelle, al abrigo del viento del norte; el mejor lugar para ver morir una tarde de invierno. O, ¿por qué no?, escabullirnos hasta dar con el banco de madera rociado de arena blanca que marca el final de la playa. Ése que señala el límite tras el cual ya no encontrarás más pisadas. Allí, donde los largos días de verano, cansados de tanto bullicio, se desangran sobre un cielo escrupulosamente azul. En el centro del huracán de un día que agoniza, donde un suave rumor de espuma arrojaba el instante en el que yo me dejaba abrazar y tú fingías controlar el pudor.

Un pestañeo. Mil vidas en una. Mil comienzos, otros tantos finales que amagaron ser y, nuevamente, se tornaron caminos a ser explorados. Un pestañeo a tu lado y, sin embargo, ahora todo parece infinito. Infinito el tiempo que permaneces callado. Infinitas las horas que gastas en recorrer las paredes con la mirada, ¿qué buscas en ellas que no encuentras en mis ojos? Infinitos los paseos, las costumbres. Infinita la lluvia que nos devuelve el eco de nuestros silencios. Infinita la espera. Infinita la melancolía.

Si el final es que se diluya de tu memoria mi nombre, si el final es que ya no recuerde tu voz, ¡qué diferente será al que habíamos soñado!
Creo que veo cómo se derrumba el último de los castillos de arena y sólo pienso en decirte que me ha gustado el camino. Que te quiero, que te he querido.

Capítulo 4

Éxodo



*"L'exode" por Fanny Ferré
Fotografía de *Modimo**

La dulzura se hizo harapos. Jirones de tierra estéril y sed añeja.
La sangre se secó en su paladar hasta perder totalmente el gusto y la sal.
Y el frío... el frío se impuso a las áridas bofetadas de un sol en lo alto, para abrir brechas sobre su piel, para trenzar de miedo sus cabellos.

Se desgarraron los días entre el estruendo y vivir se convirtió en un continuo éxodo. La huida sin retorno del que camina sólo para no perder el aliento. Pasos sobre el polvo y la piedra, hollando los senderos, desangrándose en cada peaje. Pies que se arrastran, venciendo el trecho que tiene como origen el terror y único destino la esperanza de una vida que, aunque entre perdida y asfixiada, quizá todavía consiga exhalar.

La carne de la que abre el camino se despedaza, se vuelve andrajos. El viento, las sirenas y los silbidos le desmenuzan el alma, pero en su espalda... en su espalda todavía se cobija calor. Aquel que alimenta la hilera de ojos vítreos y miseria que vaga tras ella. Un manojito de hambre y huesos que han renunciado a pensar. Que confían en su estela como única certeza. En sobrevivir, como única dignidad.

Sigue caminando, bella y hermosa.

Deja atrás las veredas, donde se apagan los latidos de los que ya hieden bajo el sol.

Sigue caminando. Deja atrás los llantos, casi mudos, de los que ni siquiera han conseguido morir.

Resiste, bella y hermosa. Respira el aire que aún sobrevive y sueña esta noche con silencio, esperanza y color.

Capítulo 5

Fruta caduca y flores marchitas

Hoy han llegado las urgencias serpenteando por entre los cristales rotos de la estación. Ventanal resquebrajado por los rayos del sol de las mañanas, las miles de mañanas pasadas, que tamiza la luz incipiente del día. Cristalera en profunda descomposición que tiñe de un tono dorado la aspereza del suelo sucio y las paredes sobadas de tanto soportar hombros y espaldas cansadas.

Hoy el tiempo camina y silba por entre los andenes, con el paso de un trastornado con una locura urgente por acometer. Hoy los trenes están mudos, hoy la muchedumbre no revolotea ocupando los rincones. Esta mañana el frío lo inunda todo, lo silencia todo, desparrama nebuloso vaho en los vestíbulos y en cada una de las esquinas vacías.

La costumbre suele ser pegajosa y repetitiva en esta parte del mundo. El tiempo acostumbra a mostrarse infinito. Los anhelos torpes, borrosos y oxidados. No germinan noticias en estos rincones, no florecen ilusiones y caminar, en perfecta fila india, es lo más audaz que nos solemos permitir. Generalmente transita la vida como lo hace el agua sobre un árido suelo arcilloso; buscando la siguiente cicatriz a la que saltar para deslizarse sin empapar la tierra. Así, de ese mismo modo, se desvanecen los días ante nuestros ojos y no hay llantos ni risas que los detengan.

Sin embargo, esta mañana los andenes bullen en urgencias. El peso del tiempo acumulado en tratar de dominar lo que jamás puede ser aprendido: la soledad, el olvido del que pasa desapercibido o la densa y total apatía; ha vencido todo resto de esperanza. Esta mañana el frío acelera los segundos, la mente siente la imperiosa necesidad de buscar silencio y el cuerpo ni siquiera consigue toser cuando la peste a angustia comienza a bloquear la respiración. Hoy las imágenes de las vidas ajenas, de las conversaciones y confidencias, los sonidos de los zapatos que cruzan ilusionados los andenes, la vorágine de despedidas y reencuentros... hoy todos ellos se han convertido en zarpazos insoportables, en disparos dirigidos con maléfica precisión para avivar los más dolorosos de los recuerdos.

Esta mañana se ha hecho imposible vivir.

Hoy he decidido nunca más volver a dormir envuelto en hedor a fruta caduca y flores marchitas.

Hoy he tallado mi nombre en la pared más cercana. Mañana me despedirán breves columnas en los periódicos locales.

Estoy conforme, nunca he perseguido la gloria. Me conformo con el silencio que dejan los focos cuando se apagan.

Capítulo 6

Aletea

Aletea, siempre frágil y temeroso, pero aletea. Su cuerpo rechina y despierta. A punto está de vencer el peso y los pesares, a punto está de trazar una vertical casi perfecta con cada golpe de ánimo. No avanza, no retrocede, pero aletea y su cuerpo casi se eleva.

Observa el mundo y sus formas, habiendo puesto espacio entre el último trozo de piel y la tierra seca. Respira el color que devuelven los seres cuando la luz, nueva, más fresca y pulcra, resbala en sus cuerpos. Escucha el latido, los ritmos y las cadencias, de las palabras que se sustentan en el aire poco viciado de las mañanas.

Acaricia los susurros, casi imperceptibles hace apenas un instante, que anhelan caminos todavía no hallados; aquellos que hablan de senderos que aguardan un nombre y destino. Aquellos capaces de hacer mofa de los errores pasados, de la vida gastada.

Aletea y las fuerzas no se agotan. ¿De dónde sacan sus músculos el azúcar con el que camuflar la sal de los años? ¿Qué ha vencido al óxido y a la fatiga?

Ojalá pudiese avanzar ahora que flota, ahora que no hay lastre, justo ahora que el color lo camufla todo. No sólo elevarse, también progresar. Un desplazamiento contenido o en plena embestida, avanzar para seguir palpando el susurro. Un paso para que el tiempo no huya o, si lo hace, para que camine intranquilo, para que sienta su respiración acosando a sus huellas.

Ojalá los aromas no dependiesen del espacio y el tiempo. Ojalá no se consumiesen, ojalá que el suave aleteo colmase sus ansias y no reclamasen más que flotar para convertirse en perennes. Ojalá que la vida no pasase a su lado, ojalá que gustase de detenerse con él. Ojalá que nadie más reclamase su espacio, que todo fuese orden y calma. Todo un suave danzar, un dócil fluido que se deja mecer. Ojalá.

Aletea, pero la inmovilidad ya le pesa. No reconoce las voces que invaden su espacio, que miran con desdén y casi en el mismo instante se van. Apenas escucha nombres comunes y los que percibe, escapan fugaces, nunca se dejan tocar. Se gasta deseando que vuelvan fantasmas y que estos traigan consigo borrosos susurros y aromas casi asfixiados. Se instala en sus huesos la fatiga, la luz pierde frescura, se desvanece el

color.

Comienza a hacer frío, pero parece que sólo él lo nota. Aletea sin apetito, casi sin voluntad. Le arañan la piel unas risas lejanas, unas miradas robadas y también llantos, estruendosos y mudos. Aletea totalmente vencido y, ante sus ojos, rezuma una última pizca de felicidad. Después hay silencio y olvido. Y más tarde, una vida que se impregna de dudas:

¿Qué sentido tiene flotar? ¿Por qué no reposar en silencio? Quizá no haya muerto nunca nadie por vivir sin soñar.

Capítulo 7

Promesa

AIDS in Asia por Zorlah

Si te pido que me lleves allí, justo allí, donde la luz todavía encuentra ganas de vencer.... prométeme que silenciarás mi deseo con una caricia suave y un beso que cierre mis párpados.

Si mañana, cuando el cielo mude en luto, sostengo la piel clara de tu mano y la llevo hacia mi pecho vencido... prométeme que atusarás mis cabellos, prométeme que no querrás sentir mis latidos.

Si te hablo, si te observo mientras permaneces impasible ante mí y se fuga un *tequiero*... prométeme que responderás con silencio. Júrame que se lo tragarán los muros de piedra, que perecerá diluido, asfixiado.

Promete que estarás aquí, entre ella y yo, y dejarás que todo sea noche y frío cuando ella lo quiera. Que olvidarás todo lo que me ha hecho humana: las lágrimas; el escalofrío, si era tu mano la que flirteaba con mi espalda; aquella sonrisa; los ojos vidriosos de pura emoción... promete que me recordarás como polvo, no como piel.

Escúchame por última vez, por favor. No hagas que desee quedarme. No perturbes mi mente vencida. No desplaces al olvido que ahora ya casi me abraza. Prométeme que serás silencio, que seré silencio, que sólo habrá frío.

Capítulo 8

Baila esta noche conmigo

El acantilado murmuraba versos sin rima. Rumor de olas deshaciéndose contra la piedra y silbidos de viento enloquecido serpenteando por entre la escasa vegetación. Sus miradas acostadas en el horizonte, escondiendo los pesares entre la dulzura de un cielo ensangrentado. Junto a ellos, acompañando al ocaso, se diluían las nociones y los empeños, perdían fuerza las convicciones, se anquilosaban las ganas de conquistar imperios, se dormía toda esperanza de alguna vez reinar. La luz perdía fuerza, acobardada por el frío que anticipaba la noche. Por instantes todavía fulgurante, como empeñada en un último esfuerzo por permanecer protagonista y plena. Pero, finalmente, vencida y tímida... lenta y profundamente cohibida, envuelta en un declive sin fin.

Una franja de espesa niebla servía de bisagra entre la placidez del mar y los colores incendiados de un cielo que comenzada a salpicarse de motas. Él apoyó sus manos sobre los hombros de ella, acercó su mentón hasta rozar su cabello y se preguntó, en forma de susurró casi imperceptible, qué me espera allí, donde hasta el sol se avergüenza de ser y busca cobijo tras el denso desdén de la bruma. Ella tensó sus músculos, cerró sus párpados y hondamente inspiró.

Allí, donde los anhelos mudan en tristes historias olvidadas –comenzó ella su relato– hay un pasillo angosto, largo y oscuro. Tan extenso como necesite la rabia de tus pasos para terminar por ser dócil animal domado; tan estrecho como requieran tus hombros para sentirse profundamente aprisionados. También allí, convirtiendo en finita la travesía por el corredor, existe un arco tallado sobre un metal anciano, lleno de herrumbre y verdín. Un arco que saluda a las almas de los perdidos, justo en el final de un camino que te ha despojado de maletas, de sentidos, de certeza y sabiduría.

Se giró y puso su frente sobre la barbilla de él, solicitando un abrazo que no tardó en llegar. Dejó que sus músculos reposasen sobre su pecho y continuó susurrando a su oído: nace un pasillo, angosto, largo y oscuro, en cualquiera de los lugares en los que has deseado perder la capacidad de recordar. Allí, en cualquiera de las esquinas donde has aprendido a cobijarte de los ecos de las vivencias pasadas. Nace y se muestra frente a ti, proyectando luces y sombras. Ofreciendo la protección propia de las persianas bajas, la mudez de las más tupidas de entre todas las cortinas. Nace y se extiende casi infinito, tanto como tu mirada lo quiera, hasta desfallecer a los pies de las jambas poderosas que dan paso a una sala de

la que ningún cuerdo ha conseguido retornar.

El miedo –continuó ella– lo eclipsa todo. Los recuerdos idealizados acosan a sus dueños como el hambre retuerce las mentes de los más lúcidos. No hay espacio para los anhelos no vividos. Gritan, reclaman su sitio, pero no hay lugar donde cobijarlos. Sólo hay angustia para el que eternamente duda, para el que consigue ser completamente anciano antes que adulto.

Angustia –masculó él– profunda angustia.

Sí, tormento y pesadumbre diluyendo todo lo que algún día creíste sólido –los labios de ella dibujaban frases sobre el pecho tembloroso de él– desfragmentando tu mundo mientras sólo logras caminar solitario, cruzando el pasillo, serpenteando torpemente entre las sombras. De la angustia nacerán las palabras que arrinconan el alma, las que ponen en peligro tus sentidos. De ella los pasos, los pies cansados, la mirada baja. De ella el peso sobre tus hombros. De ella la noche y el luto.

¿Hacia dónde caminar entonces? ¿Cómo huir de uno mismo? —se preguntaba él– ¿Cómo cojones huir de uno mismo?

No lo sé –y de los ojos de ella brotaron lágrimas de rendición y rabia– ¡no lo sé! Pero baila conmigo esta noche. No pienses, sólo danza. Dame tus hombros y ocupa mi cintura. Que el viento nos meza, que sean tuyas mis ilusiones. Que compartamos aliento y fragmentos de vida. Ven y busca la realidad en mis labios, en mis párpados cerrados, en las caricias que visitan lugares comunes. Baila conmigo esta noche, silencia los ecos que resuenan implacables. Deja morir el día a mi lado y que la mañana nos sorprenda, nos descubra vivos y abrazados. Ven, baila conmigo.

Y aquél pareció argumento suficiente para querer vivir una noche más. Y la luz desapareció por completo, por supuesto, pero ninguno de los dos la echó en falta. A ninguno de ellos le apremiaba la mañana y, cuando ésta llegó, trajo consigo nuevas angustias y penas, nuevas seguridades en el alambre, nuevos pasillos angostos y oscuros. Más batallas a ser enfrentadas y, quizá, nuevos abrazos y danzas a esgrimir como poderosas armas en la contienda. Quizá han seguido luchando, posible es que la angustia les deje vivir. Quizá él no ha decidido caer rendido todavía. Quizá ella ha conseguido vencer.

Capítulo 9

Ravén, Lilián, Hamir (1)

Ravén

Ravén siente su respiración reinando sobre todos los sonidos de la sala. Ligeramente entrecortada, hace minutos que no es capaz de hallar un ritmo constante que permita rescatar a sus pulmones del ambiente cada vez más viciado de la habitación. Ravén ha decidido dejar de temblar hace ya dos horas, o veinte, no lo recuerda. Sabe que ha ordenado a sus músculos buscar el reposo que debería otorgar la costumbre, pero algo, en algún momento y sin esgrimir ningún pretexto convincente, ha sabido desoír el mandato y fuerza a su cuerpo a moverse como un punto de luz centelleante, desparramando incontrolable tensión justo bajo el subsuelo de su dermis.

Entre la exigua luz del denso ahora que le envuelve, Ravén trata de olvidar el sonido de las puertas cerrándose a su espalda. Cerrojos fundiéndose entre sí, marcando el inicio de todas y cada una de las noches solitarias de los últimos años. Intenta librar Ravén a sus sentidos de la reminiscencia, áspera y mugrienta, que todavía persiste anclada a su oído y a su piel erizada. Aquella que salpica su paladar con el gusto del óxido que se desprendía de los metales mientras estos se deslizaban, uno sobre el otro, óxido sobre óxido, chirriando, desgarrándose hasta quedar completamente firmes y unidos; seguros tras él. La profunda sensación de no ser nada, de no tener nada. Trata de olvidar, ahora Ravén, las puertas encerrando la soledad dentro de aquel minúsculo habitáculo. Cómo cobijaban un sueño atormentado, tan ajeno a las ganas de no dormir propias de aquellos otros que luchan obsesivos por sobrevivir, por no ser vencidos; ni siquiera por la luz en plena huida. Trata de olvidar, Ravén, y fracasa, del mismo modo que ha perdido las mil primeras batallas por conciliar un sueño esquivo.

Todavía sin haber calmado sus pulsos, sin lograr aplacar sus angustias, toma asiento a los pies de su cama buscando calma y sosiego y deja que su piel, la de ella, recorra su rostro. Acepta que sean sus ojos, los de ella, los que se claven en cada una de las señales dejadas por la dureza de los días pasados, por los años azotando sus gestos. Se rinde y permite que de ella sean sus pensamientos, sus recuerdos más trágicos y aquellos otros que, hechos jirones a fuerza de tanta fusta encolerizada, acabaron por ser pedazos de sencilla felicidad. En la oscuridad, Ravén permite que explore su cuerpo casi desnudo. Siente la dulce mirada de la mujer que tiene enfrente, deambulando justo un centímetro por delante del calor de su tacto suave, superando la barrera de su hombro para, decidida, arrojarse

al vacío de sus largos brazos. Camino a la firme tensión que ya nunca más abandonará sus puños y de vuelta a la piel que esconde su corazón palpitante. Todo, absolutamente todo, de su propiedad. Cada uno de los músculos recorridos, de los huesos todavía firmes, de los miedos encastrados entre las costillas. Todo suyo realmente, lo único realmente suyo. Y Ravén tiembla, deseando que ella demuestre que aquello que aún le pertenece es tesoro suficiente, recompensa idónea para agradecerle el que no haya cambiado ni un milímetro la anchura de su sonrisa, ni un tono el color de sus ojos, siempre tan perdidos en la profundidad de sus cuencas. Ojalá ella, la que le observa, la que tan bien sabe desvestir de aspereza su cuerpo, la misma que no ha tenido miedo de pisar las vociferantes hojas medio escritas, manchadas con el nombre de Ravén, con los remordimientos de Ravén, con la sangre y los errores; ojalá ella estire su mano, aprese su cuello y reclame el tiempo robado. Ojalá le ayude a destrozar todas las noches vacías de seguridades.

El sutil contacto sobre su piel parece, al fin, haber proporcionado calma a su respiración, pero esta no tarda en fugarse, convertida en un lujo efímero que deja un sabor amargo en los labios. Tras su estela, cuando todavía huele a paz, a lucidez y sosiego en la habitación, Ravén encuentra el momento preciso para detenerse y pensar. El primer instante real de los últimos años, completo de silencio y desbordante de sorprendentes respuestas. Suficiente para Ravén.

Suficiente, para comprender que sólo conserva su nombre y nada más que su nombre. Suficiente, para comprender que ha perdido batallas, que han dejado heridas, que han infectado miembros que ya nunca más serán. Suficiente para comprender que hubo un tiempo en el que sus ojos no conocían ni tinieblas ni soledades, pero que han hallado el empalagoso dulce de la ausencia y ya no saben, no quieren, vivir de otra manera. Suficiente, necesario, para asimilar que su piel se ha vuelto rugosa, se ha convertido en ortiga, en escama erizada que rehúye sus yemas, las de ella. Incluso las de ella, que ahora lloran por no saber calmar el cuerpo desnudo del hombre que han estado esperando todo este tiempo repleto de horas y frío, de días y llantos.

Ravén se rinde, no encuentra batalla que merezca la pena lidiar. No sabe vivir. Ya no sabe poner un pie delante del otro para romper la quietud, ni conoce cómo se saluda afablemente o se deja uno acariciar. Sus ojos se han cerrado, los ha cerrado. Sus errores le han vencido, le han apabullado. No estaba preparado su cuerpo para tanta oscuridad y, ahora, ya no quiere nada más que penumbra.

Ella se ha ido, entre sollozos, azotada por la crudeza de un reencuentro que nunca quiso llegar a imaginar. Ravén, sin embargo, permanece quieto. Absurdamente feliz. Abstraído de lo que hace un instante le

preocupaba, gozosamente vacío de deseos o anhelos.

La noche acentúa su presencia, desbancando al último rastro de calor del día y, al fin, ¿qué hay de nuevo, Ravén?, pregunta la soledad.

Capítulo 10

Ravén, Lilián, Hamir (2)

Lilián

Cuando Lilián decidió que había llegado la hora de arriesgarlo todo, desafiando al todavía débil equilibrio de sus años escasos, para poner un pie ante el otro y mecer el peso de su cuerpo hasta lograr el anhelado primer paso de su infancia, lo hizo de forma natural, con la sinceridad propia de la niñez. No existía en su conciencia más momento que el presente, ni mayor desafío que el mantenerse vertical y erguida pero, en su caso, aquel gesto se vio acompañado por una trascendencia que ya nunca más abandonaría sus huesos.

A través de los atardeceres solitarios y serenos de aquel rincón del mundo que una vez escuchó sus primeros gemidos y cantos, Lilián despidió a los años cruzando ante sus ojos con fiera velocidad, con descuido, con profunda valentía. Se fueron deshaciendo los meses y los días, destrozados contra el arrojado, sincero y puro, de sus piernas firmes; talladas de una roca inmortal. No quedó ni rastro de la zozobra propia del tiempo mientras camina, ni sobre su piel, ni entre sus cabellos, ya al final espesos e indomables como toda ella. Ni tampoco quedaron hilachas del pasado engarzadas entre la viscosidad de sus recuerdos torpes. Se rindió la primera y la última añoranza que quiso amargar su alma. Cuentan que se miraron a los ojos, la nostalgia y Lilián, y saltaron miles de pedazos de melancólica tristeza esparcidos por el empedrado suelo de la plaza, como pequeños caramelos de color y celofán que se pierden entre los adoquines.

Fue en los atardeceres de los que nacen los vientos enfurecidos donde se gestó la leyenda de Lilián. En aquellas noches en las que, lo que durante el día fue brisa, llega ahora escupida desde el mar con virulencia, plena de ansias y sedienta de tierra firme, fue donde se construyó el relato de que era el nombre de Lilián el que venía buscando la sal suspendida en el aire. Y, hasta dar con él, las tinieblas complacían a las ráfagas de viento y cólera; avivando su ímpetu, sus impulsos vacíos de cordura y control. Sufrían los muros de piedra, estremecidos por el aire serpenteando entre las callejuelas como una manada desbocada. Gritaban las ventanas, golpeadas hasta hacerlas relinchar; y las puertas, sacudidas en sus marcos de madera podrida, haciendo temblar a los que se guarecían tras ellas, expulsando de la oscuridad del fin del día el calmo vuelo de las hadas que siempre han transportado los sueños que arrojan; los que enmudecen las lágrimas de aquellos niños que nunca quieren dormir. Fue en aquellas noches, casi todas ellas sin luna y sin más ruido que el que el

viento conduce, en las que las ancianas rezaban para que la eterna Lilián saliese de su escondrijo de silencio y calma. Musitaban plegarias que le rogaban acceder a recibir a los vientos, sumidos en plena vorágine, para dejar que estos desbaratasen sus cabellos y formasen nuevos rizos de salitre y caos. Para que permaneciese, una noche más, erguida durante horas bajo el dintel de su hogar, hasta calmar las ansias de un Eolo enamorado de aquella mujer de asfixiante belleza.

Pero un buen día, la leyenda se infectó al saltar de boca en boca, de la ponzoña de los padres a la de los hijos. Alguien hizo acopio de rabias eternas y alguien más sumó el veneno añejo de perennes envidias. Un buen día, bajo las nieblas espesas que anuncian, traicioneras, que el invierno llegó ayer; una voz rompió el silencio y unas cuantas más, cobardes, casi mudas, vociferaron aprovechando el sendero abierto: ¡culpable, Lilián! Culpable de jugar constantemente con la luz del universo. Culpable de que el viento se cuide de silbar mientras sea tu voz la que perturba la tarde y se enfurezca si no es tu rostro el que le espera al final del muelle, cuando la luz ha dejado ya de ser. Culpable de que el frío se vuelva tímido, cuando son tus pasos los que cruzan la plaza. ¡Culpable, Lilián!

Y ese día, la que otrora fue niña inocente y más tarde mujer de indomable vitalidad, se encontró exiliada de la vida de los humanos. Fue expulsada a un lugar entre el bosque espeso, donde las ramas casi no dejan pasar la luz y donde el viento tiene vetada la entrada. Arrojada a ese rincón, apartado y desconocido, en el que las hojas crean sombras sobre el musgo que se ha apoderado de un suelo siempre impregnado de agua, para vivir encerrada entre unos muros de piedra que rezuman humedad y que velan porque el silencio sea completo y el calor muera antes de cruzar el umbral.

Lilián, ahora y desde entonces, recorre el pasillo de su mundo enano, pisando una vetusta alfombra que amortigua su andar. Siente cómo se quiebran las fibras y los hilos con el peso de su cuerpo a cada paso. Percibe los quejidos que nacen del amargo tormento al que les somete, imperceptibles para toda mujer cuerda, pero que se hacen estruendo contra los tímpanos de Lilián. Y, un paso tras otro, recorre su cárcel de olvido. Deja atrás el mullido bajo sus pies y se enfrenta a los siseos serpentinos que provoca el contacto de su piel, contra el frío de la cerámica que cubre el suelo y paredes de una pequeña cocina. Allí, aguardando a Lilián, la violencia de las explosiones de un agua que hierve. Tras ella, un fuego que se yergue desafiante hasta lograr exasperar sus sentidos con carcajadas colmadas de maldad. Las risas de un lunático que gusta de torturar a unas maderas, retorcidas de dolor, que no dejan de quejarse y llorar.

Y, Lilián, allí donde no llega ni viento ni luz, ni sonido alguno, ni calor exiguo, ni un mínimo rastro de bondad; allí donde el bosque genera y

almacena todas las sombras que han de atormentar al mundo real, tiembla de profundo miedo. Rodeada de todos aquellos estruendos que nacen del silencio absoluto, anuncia su rendición a intentar mantener una mínima reminiscencia de lo que su vida algún día fue. Ruega al tiempo que, por favor, detenga su juego y abandone su piel. Más los días se empeñan en continuar su camino y, una noche más, ¿qué hay de nuevo, Lilián?, pregunta la soledad.

Capítulo 11

Ravén, Lilián, Hamir (3)

Hamir

La sombra de Hamir atravesaba, hace tan sólo unas pocas horas y con la mirada clavada en la huidiza espalda de su dueño, las calles de una ciudad que amenazaba ya por adormilarse y cerrar el telón del día. Mientras, ellos, Hamir y su sombra, protagonizaban una trepidante y descontrolada persecución.

Veloz, como el pestañeo automático y vertiginoso que salvaba sus pupilas de la arena suspendida en el atardecer, Hamir describía los senderos de callejuelas torcidas por entre el aroma de la fruta cansada del sol y sombra del día eterno; se perdía, zambulléndose en el agrio de las conversaciones que hacen balance de las horas vencidas y se quejan, apesadumbradas, de lo pegajosa y sucia que es la miseria; o serpenteaba, enloquecido, esquivando las pisadas de los que ya solamente buscaban una cena olvidada en el extremo del día, o aquellos otros que habían decidido fijar como rumbo el hogar, su calma y su efectivo consuelo.

Hace tan sólo unos minutos, los brazos de Hamir se dejaban morir, junto a una exhalación de su dueño, para caer rendidos sobre el alfeizar de una ventana. En el dorso de sus manos se acomodaban su cabeza de niño y los pensamientos de infancia recién perdida. Al otro lado del vidrio, esqueletos metálicos y botas de goma resquebrajaban las calles. Rompían, con su paso marcial, el delicado equilibrio del grano de arena que vuela, atarantado, sobre el naranja del cielo orgulloso; elevándose con efervescencia para caer sobre mil granos más que un día volaron también para fundirse, así, en un perfecto mar en calma. Ásperas y sedientas dunas que vienen y van, que perduran tranquilas, que mudan y moldean los paisajes.

Sus pupilas, las de Hamir, unos pocos segundos antes de que el silencio llegase para tomar su garganta, reflejaban un horizonte lejano destrozado por el peso de maquinaria extranjera, por el sabor de salivas ajenas y el brusco pisar de calzados extraños. Más próxima, lo justo para que el hedor todavía arañase su paladar, la soledad de los pasillos vacíos que unían puestos de fruta abandonados y montones de mimbre que nadie pensaba ya en trabajar. La cotidiana muerte de un día más en la ciudad. La más común de entre todas las noches destrozadas por el ajetreo de los rostros sin nombre, sin historia en la que poder confiar. A un lado, el enorme temor de un niño minúsculo, al otro, el desafiante y maloliente

rastro que deja el caminar de cien hombres gigantes.

Hamir dejó de pestañear, dejó de ver también, y, unos instantes después, finalmente decidió dejar de pensar. Se aferró a un único recuerdo sobreviviendo entre el caos de aquella noche: la reminiscencia de las yemas agrietadas de una mano, jugando a crear calidez de la nada para enmarañar con ella sus cabellos. Peinando, creando y deshaciendo rizos con suave calor. Erizando su piel y sentidos, haciendo resbalar por su espalda, hasta las plantas de sus pies, la risa contenida que no quería dejar escapar. Hamir se refugió en su recuerdo, incluso cuando la puerta cedió y una voz de mujer, loca y cobarde, se deslizó en la habitación, ¿qué hay de nuevo, Hamir?, preguntó la soledad.

Sobre el polvo de la callejuela, justo al otro lado del vidrio de la ventana, el esqueleto de un perro se detuvo. Dio una vuelta o dos. Olisqueó el suelo y decidió nuevamente girar. Tres vueltas más tarde flexionó sus patas, encogió su cuerpo y se dejó caer dando la espalda al recién llegado frescor de la noche. Probablemente un perro olvidado. Con seguridad un perro sin nombre. Quizá al día siguiente pateasen sus costillas o quizá alguien le ofreciese fruta madura. Esa noche, como otras noches antes, también la pasó bajo la ventana de Hamir. Quizá porque la soledad se huele. Quizá porque el olvido deja rastro y perdura; oscurece los ojos de aquellos que sobreviven al día, sólo para llegar a la noche y sus recuerdos. A la ausencia de ruido, a la calma que agasaja. Al dejarse morir tranquilo o al no tener que pensar.

Capítulo 12

María cierra los ojos

Una fina capa de agua se desliza calle abajo, borrando cualquier resto de pisadas, de caminos de vuelta a casa, de atajos improvisados sobre aceras sucias y descarnadas. Hay un contraste entre el bullicio propio de la ciudad en una tarde lluviosa y los huecos de profundo silencio en los que nadie camina, en los que nada transcurre, en los que sólo la lluvia continúa constante y absorta.

Llueve, como llueve esas veces en las que parece que nunca lo dejará de hacer. No con abundancia, no con virulencia, fina y sin descanso, dibujando un velo de agua que figura siempre haber estado ahí. Olvidados los días de sol y luz plena, María ya sólo concibe vivir envuelta en humedad y suave cortina de lluvia. A su lado, un zumbido baila por la habitación, de rincón en rincón, de esquina en esquina, serpenteando por entre las pilas de libros amontonados, esquivando los restos de un desayuno y las últimas migas de la hogaza de pan de la cena anterior. El silencio aparece en forma de zumbido, como para mostrar que algo no va bien cuando nada más hay que escuchar. Entre la lluvia el tiempo camina y su paso se refleja, dentro del cuarto, en cómo las horas van azuzando los aromas a vida estancada, a costumbres dejadas; los aromas que avisan de que las rutinas se han quebrado hace mucho ya y todo lo urgente ha pasado a ser pospuesto hasta un quizá mañana, un quizá si parase de llover, un quizá si la fina lluvia no pesase tanto.

No fueron felices los últimos días para María. No lo fueron desde que la vida, como aquel ilusionista viejo, cojo y de manos artrósicas de un espectáculo ambulante que años ha dejó de sorprender, hizo volar un trapo roído, sin color ni ornamentos y, bajo él, se destaparon las ansias acumuladas entre el polvo de los años. ¿Dónde has aparcado las ilusiones por conquistar algún sueño, María, aunque sólo fuese el más torpe e inservible de todos ellos?, preguntó la vida. ¿Hace cuánto has dejado de preocuparte por un vientre vacío? ¿desde cuándo ya no recopilas nombres propios, no los ordenas y puntúas, no los imaginas y desechas?

Hay historias de héroes y heroínas escritas entre los apellidos de María. Como en las de cualquier otro, le susurró un día la vida. Y cajones llenos de fotos en las que sólo se muestra gente que sonríe, gente que se mira, que posa con muecas absurdas, que se dejan llevar por el momento y confían; que no piensan en el hambre, en los dolores, ni en el oro, ni en el frío. No existe casa sin esos recuerdos, María, le quiso recordar un día la vida. No existe hogar sin esa historia, ni familias que no hayan sufrido y vencido. María lo sabe, y no siente más que desprecio por ella misma

cuando sólo le da por llorar, cuando desearía haber aprendido a vivir de otra forma, a querer de otra manera; cuando se hunde en sus entrañas a base de reproches, cuando se adormece entre ensoñaciones de cómo hubiese sido vivir en otra piel, más sensata, más cabal, menos estúpidamente dramática, más llena de valor, con menos odio por los huesos propios. El difícil equilibrio de mantener la cordura entre lluvia fina que no cesa, los reproches que susurran y el haber olvidado ya el nombre propio de la última persona que algún día te besó. María piensa en sus abuelos, tal cual Delibes y Ángela, sentados sobre un prado en primavera, él le lee, ella le aligera la pesadumbre de vivir. Todo parece fácil, no existe más misterio que dejarse llevar, que confiar en el otro. Después llegan los paseos, más tarde los viajes y los hijos que crecen, los recuerdos que nacen y mueren, la visión de la existencia que no para de mudar, los adioses, los lloros, las manchas del tiempo moteando la piel, el terror por dejar de ser, la felicidad de saberse vivido, el último llanto del que se despide entre orgulloso y vencido. Todo parece fácil, vivir no tiene más misterio que dejarse llevar, medita María eternamente inmóvil, siempre temerosa, absolutamente llena de dudas. ¡Qué bonito hubiese sido nacer otra persona, no haber dejado pasar los años o haber aprendido a caminar sin condescendencia! ¡Qué hermosa la vida, cuando es otro el que la transita!, solloza María.

Un tren de nubes negras y alocadas cruza frente su mirada. Se acercan, amontonan y huyen vertiginosas, presas de alguna urgencia, víctimas de algún terror. Dejan entre su caos huecos por los que adivinar cielo azul y luz amedrentada. Como el salto entre fotogramas de una vieja película, la tarde se dibuja a golpes de negro tormenta y repentinos haces de sol. María cierra los ojos, apoya sus pies contra el alféizar de la ventana y deja que la luz y el calor hormigüeen sobre la piel de sus piernas. Reclinada, silenciosa y apacible, María sueña con horas desgastándose entre el dulzor ácido de un puñado de mandarinas. Nada más que el tacto rugoso de la piel bajo sus dedos y el aroma aferrado a sus yemas para no abandonarlas jamás. Lo suficientemente tenaz y duradero como para no desprenderse de ellas nunca más.